

Poemas

Edgar Allan Poe



Colección Poesía del Mundo
Serie Clásicos

Poemas



Caracas - Venezuela
2017

Edgar Allan Poe

Poemas



Traducciones de
Juan Antonio Pérez Bonalde, Federico Revilla,
Rafael Lozano,
Fernando Maristany, Juan Pablo Rivas,
F. T. Amy, E. de la Barra, Carlos A. Torres,
Narciso Alonso Cortés, Leopoldo Díaz y
Arturo Sánchez

Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Fundación Editorial el **perro y la rana**

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2017 (digital)
© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007
© Traducción: Juan Antonio Pérez Bonalde, Federico Revilla,
Rafael Lozano, Fernando Maristany, Juan Pablo Rivas,
F. T. Amy, E. de la Barra, Carlos A. Torres, Narciso Alonso
Cortés, Leopoldo Díaz y Arturo Sánchez

Av. Panteón, Foro Libertador,
Edif. Archivo General de la Nación, planta baja, Caracas 1010.
Telfs.: (58-212) 564 24 69 / 808 44 92 / 808 49 86 / 808 41 65
Fax: (58-212) 564 14 11
Correos electrónicos: elperroylaranaediciones@gmail.com
comunicaciones@elperroylarana.gob.ve
editorial@elperroylarana.gob.ve

Hecho el depósito de Ley
Depósito legal: N° DC2017002370
ISBN: 980-376-319-9 (Colección)
ISBN: 978-980-14-3936-3 (Título)

Diseño y diagramación de colección:
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**, 2007

Diseño de portada:
Clementina Cortés

Rediseño de portada
Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Edición al cuidado de:
Paola Yáñez

Diagramación:
Raylú Rangel

Corrección:
Marjori Lacenere
Gema Medina

Presentación

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas: he aquí un proyecto editorial sin precedentes cuya finalidad es dar a nuestro pueblo las muestras más preciadas de la poesía universal en ediciones populares a un precio accesible. Es aspiración del Ministerio del Poder Popular para la Cultura crear una colección capaz de ofrecer una visión global del proceso poético de la humanidad a lo largo de su historia, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores, estudiosos, etc., puedan acceder a un material de primera mano de lo que ha sido su desarrollo, sus hallazgos, descubrimientos y revelaciones y del aporte invaluable que ha significado para la cultura humana.

Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, haciéndonos reconocer los unos a los otros en el milagro que es toda la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta, vaya esta contribución de toda la **Poesía del Mundo**.

Sobre la presente edición

El primer libro de poesía de Edgar Allan Poe fue publicado en 1827, cuando sólo contaba dieciocho años de edad. Se tituló *Tamerlan y otros poemas*, diez composiciones que revelan su talante lírico y vocación entrañablemente poética, confirmados dos años después con la publicación de *Al Aaraaf, Tamerlan y otros poemas* (1829). El tercer libro, *Poemas*, apareció en 1831; contó con las refundaciones de “Tamerlan” y de “Al Aaraaf”, y seis composiciones nuevas. No hubo sucesión sino hasta 1845 cuando publicó *El cuervo y otros poemas*. Siguiendo su costumbre, el poeta insertó en su nuevo libro algunos de sus antiguos poemas con significativas modificaciones. Las necesidades económicas llevaron a Poe a dirigir su pluma hacia otro género más lucrativo, el de la prosa. Es posible que la intermitencia de su obra poética produzca al leerla esa sensación de precocidad, de construcción inconclusa, muy a pesar de su belleza y complejidad. Su poesía es sonrisa enigmática, búsqueda de lo divino, exaltación, canto sublime, delirio que, sin lugar a dudas, “abrió a los hombres sendas desconocidas hasta entonces del grande y divino misterio que rodea nuestra pobre vida”.

Sobran las palabras para justificar el interés que suscita la lírica de Poe, el reconocer su marcada influencia en las generaciones posteriores y la necesidad de acercar al lector a lo más hondo de su personalidad. Para la siguiente edición hemos tomado las traducciones de Juan Antonio Pérez Bonalde, Rafael Lozano, Fernando Maristany, Juan Pablo Rivas, F. T. Amy, E. de la Barra, Carlos A. Torres,

Narciso Alonso Cortés y Leopoldo Díaz, publicadas en 1924 por la Editorial Cervantes. Complementada con las traducciones de Arturo Sánchez y Federico Revilla, aparecidas por vez primera en 1974, en Libros Río Nuevo de ediciones 29. Sirva además la presente publicación como un homenaje al gran narrador que se inició en las aguas diáfanas de la poesía.

Los editores

Método de composición¹

En una nota que en estos momentos tengo a la vista, Charles Dickens dice lo siguiente, refiriéndose a un análisis que efectué del mecanismo de *Barnaby Rudge*: “¿Sabéis, dicho sea de paso, que Godwin escribió su *Caleb Williams* al revés? Comenzó enmarañando la materia del segundo libro y luego, para componer el primero, pensó en los medios de justificar todo lo que había hecho”.

Se me hace difícil creer que fuera ese precisamente el modo de composición de Godwin; por otra parte, lo que él mismo confiesa no está de acuerdo en manera alguna con la idea de Dickens. Pero el autor de *Caleb Williams* era demasiado entendido para no percibirse de las ventajas que puede lograr con algún procedimiento semejante.

Si algo hay evidente es que un plan cualquiera que sea digno de este nombre ha de haber sido trazado con vistas al desenlace antes que la pluma ataque el papel. Sólo si se tiene continuamente presente la idea del desenlace, podemos conferir a un plan su indispensable apariencia de lógica y de causalidad, procurando que todas las incidencias y en especial el tono general tiendan a desarrollar la intención establecida.

Creo que existe un radical error en el método que se emplea por lo general para construir un cuento. Algunas veces, la historia nos proporciona una tesis; otras veces, el escritor se inspira en un suceso contemporáneo; o bien, en

1 Texto que E. A. Poe compuso para explicar la composición de su inmortal poema “El cuervo”. “El Método de composición” está traducido por Federico Revilla, mientras que para la traducción del poema “El cuervo” fue escogido el trabajo de J. A. Pérez Bonalde.

el mejor de los casos, se las arregla para combinar los hechos sorprendentes que han de formar simplemente la base de su narración, proponiéndose introducir las descripciones, el diálogo o bien su comentario personal donde quiera que un resquicio en el tejido de la acción le brinde la ocasión de hacerlo.

A mi modo de ver, la primera de todas las consideraciones debe ser la de un efecto que se pretende causar. Teniendo siempre a la vista la originalidad (porque se traiciona a sí mismo quien se atreve a prescindir de un medio de interés tan evidente y fácil), yo me digo, ante todo: entre los innumerables efectos o impresiones que es capaz de recibir el corazón, la inteligencia o, hablando en términos más generales, el alma, ¿cuál será el único que yo deba elegir en el caso presente?

Habiendo ya elegido un tema novelesco y, a continuación, un vigoroso efecto que producir, indago si vale más evidenciarlo mediante los incidentes o bien el tono —o bien por los incidentes vulgares y un tono particular o bien por una singularidad equivalente de tono y de incidentes—; luego, busco a mi alrededor, o acaso mejor en mí mismo, las combinaciones de acontecimientos o de tonos que pueden ser más adecuados para crear el efecto en cuestión.

He pensado a menudo cuán interesante sería un artículo escrito por un autor que quisiera y que pudiera describir, paso a paso, la marcha progresiva seguida en cualquiera de sus obras hasta llegar al término definitivo de su realización.

Me sería imposible explicar por qué no se ha ofrecido nunca al público un trabajo semejante; pero quizá la

vanidad de los autores haya sido la causa más poderosa que justifique esa laguna literaria. Muchos escritores, especialmente los poetas, prefieren dejar creer a la gente que escriben gracias a una especie de sutil frenesí o de intuición extática; experimentarían verdaderos escalofríos si tuvieran que permitir al público echar una ojeada tras el telón, para contemplar los trabajosos y vacilantes embriones de pensamientos, la verdadera decisión adoptada en el último momento, la idea entrevista tantas veces sólo como en un relámpago y que durante tanto tiempo se resiste a mostrarse a plena luz, el pensamiento plenamente maduro pero desechado por ser de índole inabordable, la elección prudente y los arrepentimientos, las dolorosas raspaduras y las interpolaciones; en suma, los rodamientos y las cadenas, los artificios para los cambios de decoración, las escaleras y los escotillones, las plumas de gallo, el colorete, los lunares y todos los afeites que en el noventa y nueve por ciento de los casos son lo peculiar del histrión literario.

Por lo demás, no se me escapa que no es frecuente el caso en que un autor se halle en buena disposición para reemprender el camino por donde llegó a su desenlace. Generalmente, las ideas surgieron mezcladas; luego fueron seguidas y finalmente olvidadas de la misma manera.

En cuanto a mí, no comparto la repugnancia de que acabo de hablar, ni encuentro la menor dificultad en recordar la marcha progresiva de todas mis composiciones. Puesto que el interés de este análisis o reconstrucción, que se ha considerado como un *desideratum* en literatura, es enteramente independiente de cualquier supuesto ideal en lo analizado, no se me podrá censurar que falte a las conveniencias

si revelo aquí el *modus operandi* con que logré construir una de mis obras. Escojo para ello “El cuervo” debido a que es la más conocida de todas. Consiste mi propósito en demostrar que ningún punto de la composición puede atribuirse a la intuición ni al azar, y que aquella avanzó hacia su terminación paso a paso, con la misma exactitud y la lógica rigurosa propias de un problema matemático.

Puesto que no responde directamente a la cuestión poética, prescindamos de la circunstancia –o, si lo preferís, la necesidad– de que nació la intención de escribir un poema tal que satisfaciera al propio tiempo el gusto popular y el gusto crítico.

Mi análisis comienza, por tanto, a partir de esa intención.

La consideración primordial fue esta: la dimensión. Si una obra literaria es demasiado extensa para ser leída en una sola sesión, debemos resignarnos a quedar privados del efecto, soberanamente decisivo, de la unidad de impresión; porque cuando son necesarias dos sesiones se interponen entre ellas los asuntos del mundo y todo lo que denominamos el conjunto o la totalidad queda destruido automáticamente. Pero, habida cuenta de que *coeteris paribus*, ningún poeta puede renunciar a todo lo que contribuye a servir su propósito, queda examinar si acaso hallaremos en la extensión alguna ventaja, cual fuere, que compense la pérdida de unidad aludida. Por el momento, respondo negativamente. Lo que solemos considerar un poema extenso en puridad no es más que una sucesión de poemas cortos, es decir, de efectos poéticos breves. Es inútil sostener que un poema no es tal sino en cuanto eleva el alma y le reporta una excitación

intensa: por una necesidad psíquica, todas las excitaciones intensas son de corta duración. Por eso, al menos la mitad del *Paraíso perdido* no es más que pura prosa; hay en él una serie de excitaciones poéticas salpicadas inevitablemente de depresiones. En conjunto, la obra toda, a causa de su extensión excesiva, carece de aquel elemento artístico tan decisivamente importante: totalidad o unidad de efecto.

En lo que se refiere a las dimensiones hay, evidentemente, un límite positivo para todas las obras literarias: el límite de una sola sesión. Ciertamente, en ciertos géneros de prosa, como *Robinson Crusoe*, no se exige la unidad, por lo que aquel límite puede ser traspasado; sin embargo, nunca será conveniente traspasarlo en un poema. En el mismo límite, la extensión de un poema debe hallarse en relación matemática con el mérito del mismo, esto es, con la elevación o la excitación que comporta; dicho de otro modo, con la cantidad de auténtico efecto poético con que pueda impresionar las almas. Esta regla sólo tiene una condición restrictiva, a saber: que una relativa duración es absolutamente indispensable para causar un efecto, cualquiera que fuere.

Teniendo muy presentes en mi ánimo estas consideraciones, así como aquel grado de excitación que nos situaba por encima del gusto popular y por debajo del gusto crítico, concebí ante todo una idea sobre la extensión idónea para el poema proyectado: unos cien versos aproximadamente. En realidad cuenta exactamente ciento ocho. Mi pensamiento se fijó seguidamente en la elevación de una impresión o de un efecto que causar. Aquí creo que conviene observar que, a través de este trabajo de construcción, tuve

siempre presente la voluntad de lograr una obra universalmente apreciable.

Me alejaría demasiado de mi objeto inmediato presente si me entretuviese en demostrar un punto en que he insistido muchas veces: que lo bello es el único ámbito legítimo de la poesía. Con todo, diré unas palabras para presentar mi verdadero pensamiento, que algunos amigos míos se han apresurado demasiado a disimular. El placer a la vez más intenso, más elevado y más puro no se encuentra —según creo— más que en la contemplación de lo bello. Cuando los hombres hablan de belleza no entienden precisamente una cualidad, como se supone, sino una impresión; en suma, tienen presente la violenta y pura elevación del alma —no del intelecto ni del corazón— que ya he descrito y que resulta de la contemplación de lo bello. Ahora bien, yo considero la belleza como el ámbito de la poesía, porque es una regla evidente del arte que los efectos deben brotar necesariamente de causas directas, que los objetos deben ser alcanzados con los medios más apropiados para ello —ya que ningún hombre ha sido aún bastante necio para negar que la elevación singular de que estoy tratando se halle más fácilmente al alcance de la poesía—. En cambio, el objeto verdad, o satisfacción del intelecto, y el objeto pasión, o excitación del corazón, son mucho más fáciles de alcanzar por medio de la prosa —aunque, en cierta medida, queden también al alcance de la poesía—.

En resumen, la verdad requiere una precisión, y la pasión una familiaridad (los hombres verdaderamente apasionados me comprenderán) radicalmente contrarias a aquella

belleza, que no es sino la excitación —debo repetirlo— o el embriagador arrobamiento del alma.

De todo lo dicho hasta el presente no puede en modo alguno deducirse que la pasión ni la verdad no puedan ser introducidas en un poema, incluso con beneficio para este; ya que pueden servir para aclarar o para potenciar el efecto global, como las disonancias en música, por contraste. Pero el auténtico artista se esforzará siempre, ante todo en reducirlas a un papel propicio al objeto principal que se pretenda, y además en rodearlas, tanto como pueda, de la nube de belleza que es atmósfera y esencia de la poesía.

En consecuencia, considerando lo bello como mi terreno propio, me pregunté entonces: ¿cuál es el tono para su manifestación más alta? Este había de ser el tema de mi siguiente meditación. Ahora bien, toda la experiencia humana coincide en que ese tono es el de la tristeza. Cualquiera que sea su parentesco, la belleza, en su desarrollo supremo, induce a las lágrimas, inevitablemente, a las almas sensibles. Así pues, la melancolía es el más idóneo de los tonos poéticos.

Una vez determinados así, la dimensión, el terreno y el tono de mi trabajo, me dediqué a la busca de alguna curiosidad artística e incitante, que pudiera actuar como clave en la construcción del poema: de algún eje sobre el que toda la máquina hubiera de girar; empleando para ello el sistema de la introducción ordinaria. Reflexionando detenidamente sobre todos los efectos de arte conocidos o, más propiamente, sobre todo los medios de efecto —entendiendo

este término en su sentido escénico—, no podía escapárseme que ninguno había sido empleado con tanta frecuencia como el estribillo. La universalidad de este bastaba para convencerme acerca de su intrínseco valor, evitándome la necesidad de someterlo a un análisis. En cualquier caso, yo no lo consideraba sino en cuanto susceptible de perfeccionamiento, y pronto advertí que se encontraba aún en un estado primitivo. Tal como habitualmente se emplea, el estribillo no sólo queda limitado a las composiciones líricas, sino que la fuerza de la impresión que debe causar depende del vigor de la monotonía en el sonido y en la idea. Solamente se logra el placer mediante la sensación de identidad o de repetición. Entonces yo resolví variar el efecto, con el fin de acrecentarlo, permaneciendo en general fiel a la monotonía del sonido, pero alterando continuamente el de la idea; es decir, me propuse causar una serie continua de efectos nuevos con una serie de variadas aplicaciones del estribillo, dejando que este fuese casi siempre parecido.

Habiendo ya fijado estos puntos, me preocupé por la naturaleza de mi estribillo: puesto que su aplicación tenía que ser variada con frecuencia, era evidente que el estribillo en cuestión había de ser breve, pues hubiera sido una dificultad insuperable variar frecuentemente las aplicaciones de una frase un poco extensa. Por supuesto, la facilidad de variación estaría proporcionada a la brevedad de la frase. Ello me condujo seguidamente a adoptar como estribillo ideal una única palabra.

Entonces me absorbió la cuestión sobre el carácter de aquella palabra. Habiendo decidido que habría un estribillo, la división del poema en estancias resultaba un coro-

lario necesario, pues el estribillo constituye la conclusión de cada estrofa. No admitía duda para mí que semejante conclusión o término, para poseer fuerza, debía ser necesariamente sonora y susceptible de un énfasis prolongado: aquellas consideraciones me condujeron inevitablemente a la “o” larga, que es la vocal más sonora, asociada a la “r”, porque esta es la consonante más vigorosa.

Ya tenía bien determinado el sonido del estribillo. A continuación era preciso elegir una palabra que lo conviviese y, al propio tiempo, estuviese en el acuerdo más armonioso posible con la melancolía que yo había adoptado como tono general del poema. En una búsqueda semejante, hubiera sido imposible no dar con la palabra *nevermore* (nunca más). En realidad, fue la primera que se me ocurrió.

El *desideratum* siguiente fue este: ¿cuál será el pretexto útil para emplear continuamente la palabra *nevermore*? Al advertir la dificultad que se me planteaba para hallar una razón válida de esa repetición continua, no dejé de observar que surgía tan sólo de que dicha palabra, repetida tan cerca y monótonamente, había de ser proferida por un ser humano: en resumen, la dificultad consistía en conciliar la monotonía aludida con el ejercicio de la razón en la criatura llamada a repetir la palabra. Surgió entonces la posibilidad de una criatura no razonable y, sin embargo, dotada de palabra. Como es lógico, lo primero que pensé fue en un loro; sin embargo, este fue reemplazado al punto por un cuervo, que también está dotado de palabra y además resulta infinitamente más acorde con el tono deseado en el poema.

Así pues, había llegado por fin a la concepción de un cuervo. ¡El cuervo, ave de mal agüero!, repitiendo obstinadamente la palabra *nevermore* al final de cada estancia en un poema de tono melancólico y una extensión de unos cien versos aproximadamente. Entonces, sin perder de vista el superlativo o la perfección en todos los puntos, me pregunté: ¿Entre todos los temas melancólicos cuál lo es más, según lo entiende universalmente la humanidad? Respuesta inevitable: ¡la muerte! ¿Y cuándo ese asunto, el más triste de todos, resulta ser también el más poético? Según lo ya explicado con bastante amplitud, la respuesta puede colegirse fácilmente: cuando se alie íntimamente con la belleza. Luego la muerte de una mujer hermosa es, sin disputa de ninguna clase, el tema más poético del mundo, y queda igualmente fuera de duda, que la boca más apta para desarrollar el tema es precisamente la del amante privado de su tesoro.

Tenía que combinar entonces aquellas dos ideas: un amante que llora a su amada perdida y un cuervo que repite continuamente la palabra *nevermore*. No sólo tenía que combinarlas, sino además variar cada vez la aplicación de la palabra que se repetía. Pero el único medio posible para semejante combinación, consistía en imaginar un cuervo que aplicase la palabra para responder a las preguntas del amante. Entonces me percaté de la facilidad que se me ofrecía para el efecto de que mi poema había de depender: es decir, el efecto que debía producirse mediante la variedad en la aplicación del estribillo.

Comprendí que podía hacer formular la primera pregunta por el amante, a la que respondería el cuervo:

nevermore; que de esta primera pregunta podía hacer una especie de lugar común, de la segunda algo menos común, de la tercera algo menos común todavía, y así sucesivamente, hasta que por último el amante, arrancado de su indolencia por la índole melancólica de la palabra, su frecuente repetición y la fama siniestra del pájaro, se encontrase presa de una agitación supersticiosa y lanzase locamente preguntas del todo diversas, pero apasionadamente interesantes para su corazón: unas preguntas donde se diesen a medias la superstición y la singular desesperación que halla un placer en su propia tortura, no sólo por creer el amante en la índole profética o diabólica del ave (que, según le demuestra la razón, no hace más que repetir algo aprendido mecánicamente), sino por experimentar un placer inusitado al formularlas de aquel modo, recibiendo en el *nevermore* siempre esperado una herida reincidente, tanto más deliciosa por insoportable.

Viendo semejante facilidad que se me ofrecía o, mejor dicho, que se me imponía en el transcurso de mi trabajo, decidí primero la pregunta final, la pregunta definitiva, para la que el *nevermore* sería la última respuesta, a su vez, la más desesperada, llena de dolor y de horror que concebirse pueda.

Aquí puedo afirmar que mi poema había encontrado su comienzo por el fin, como debieran comenzar todas las obras de arte; entonces, precisamente en este punto de mis meditaciones, tomé por vez primera la pluma, para componer la siguiente estancia:

¡Profeta! —dije—. ¡Ente de mal agüero!
¡Ave o demonio, pero profeta siempre!
Por ese cielo tendido sobre nuestras
cabezas, por ese Dios que ambos adora-
mos, di a esta alma cargada de dolor si
en el Paraíso lejano podrá besar a una
joven santa que los ángeles llaman
Leonor, besar a una preciosa y radiante
joven que los ángeles llaman Leonor. El
cuervo dijo: ¡Nunca más!

Sólo entonces escribí esta estancia: primero, para fijar el grado supremo y poder de este modo, más fácilmente, variar y graduar, según su gravedad y su importancia, las preguntas anteriores del amante y, en segundo término, para decidir definitivamente el ritmo, el metro, la extensión y la disposición general de la estrofa, así como graduar las que debieran anteceder, de modo que ninguna aventajase a ésta en su efecto rítmico. Si en el trabajo de composición que debía subseguir, yo hubiera sido tan imprudente como para escribir estancias más vigorosas, me hubiera dedicado a debilitarlas, conscientemente y sin ninguna vacilación, de modo que no contrarrestasen el efecto del *crescendo*.

Podría decir también aquí algo sobre la versificación. Mi primer objeto era —como siempre— la originalidad. Una de las cosas que me resultan más inexplicables del mundo es cómo ha sido descuidada la originalidad en la versificación. Aun reconociendo que en el ritmo puro exista poca posibilidad de variación, es evidente que las variedades en materia de metro y estancia son infinitas: sin

embargo, durante siglos, ningún hombre hizo nunca en verificación nada original, ni siquiera ha parecido desearlo.

Lo cierto es que la originalidad —exceptuando los espíritus de una fuerza insólita— no es en manera alguna, como suponen muchos, cuestión de instinto o de intuición. Por lo general, para encontrarla hay que buscarla trabajosamente; y aunque sea un positivo mérito de la más alta categoría, el espíritu de invención no participa tanto como el de negación para aportarnos los medios idóneos de alcanzarla.

Ni que decir tiene que yo no pretendo haber sido original en el ritmo o en el metro de “El cuervo”. El primero es troqueo; el otro se compone de un verso octómetro acataléctico, alternando con un heptámetro cataléctico que, al repetirse, se convierte en estribillo en el quinto verso, y finaliza con un tetrámetro cataléctico. Para expresarme sin pedantería, los pies empleados, que son troqueos, consisten en una sílaba larga seguida de una breve; el primer verso de la estancia se compone de ocho pies de esa índole; el segundo, de siete y medio; el tercero, de ocho; el cuarto, de siete y medio; el quinto, también de siete y medio; el sexto, de tres y medio. Ahora bien, si se consideran aisladamente cada uno de esos versos habían sido ya empleados, de manera que la originalidad de “El cuervo” consiste en haberlos combinado en la misma estancia: hasta el presente no se había intentado nada que pudiera parecerse, ni siquiera de lejos, a semejante combinación. El efecto de esa combinación original se potencia mediante algunos otros efectos inusitados y absolutamente nuevos, obtenidos por una aplicación más amplia de la rima y de la aliteración.

El punto siguiente que considerar era el modo de establecer la comunicación entre el amante y el cuervo: el primer grado de la cuestión consistía, naturalmente, en el lugar. Pudiera parecer que debiese brotar espontáneamente la idea de una selva o de una llanura; pero siempre he estimado que para el efecto de un suceso aislado es absolutamente necesario un espacio estrecho: le presta el vigor que un marco añade a la pintura. Además, ofrece la ventaja moral indudable de concentrar la atención en un pequeño ámbito; ni que decir tiene que esta ventaja no debe confundirse con la que se obtenga de la mera unidad de lugar.

En consecuencia, decidí situar al amante en su habitación, en una habitación que había santificado con los recuerdos de la que había vivido allí. La habitación se describiría como ricamente amueblada: con objeto de satisfacer las ideas que ya expuse acerca de la belleza, en cuanto única tesis verdadera de la poesía.

Habiendo determinado así el lugar, era preciso introducir entonces el ave: la idea de que esta penetrarse por la ventana resultaba inevitable. Que el amante supusiera, en el primer momento, que el aleteo del pájaro contra el postigo fuese una llamada a su puerta era una idea brotada de mi deseo de aumentar la curiosidad del lector, obligándole a aguardar, pero también, del deseo de colocar el efecto incidental de la puerta abierta de par en par por el amante, que no halla más que oscuridad, y que por ello puede adoptar en parte la ilusión de que el espíritu de su amada ha venido a llamar...

Hice que la noche fuera tempestuosa, primero para explicar que el cuervo buscarse la hospitalidad; también

para crear el contraste con la serenidad material reinante en el interior de la habitación.

Así también, hice posarse el ave sobre el busto de Palas para establecer en contraste entre su plumaje y el mármol. Se comprende que la idea del busto ha sido suscitada únicamente por el ave; que fuese precisamente un busto de Palas, se debió en primer lugar a la relación íntima con la erudición del amante y en segundo término, a causa de la propia sonoridad del nombre de Palas.

Hacia mediados del poema, exploté igualmente la fuerza del contraste con el objeto de profundizar la que sería la impresión final. Por eso, conferí a la entrada del cuervo un matiz fantástico, casi lindante con lo cómico, al menos hasta donde mi asunto lo permitía. El cuervo penetra con un tumultuoso aleteo.

“No hizo ni la menor reverencia, no se detuvo, no vaciló ni un minuto; pero con el aire de un señor o de una dama, colgóse encima de la puerta de mi habitación...”.

En las dos estancias siguientes, el propósito se manifiesta aún más:

Entonces, aquel pájaro de ébano, que por la gravedad de su postura y la severidad de su fisonomía inducía a mi triste imaginación a sonreír: “Aunque tu cabeza –le dije– no lleve ni capote ni cimera, ciertamente no eres un cobarde, lúgubre y antiguo cuervo partido de las riberas

de la noche. ¡Dime cuál es tu nombre señorial en las riberas de la noche plutónica!”, El cuervo dijo: “¡Nunca más!”. Me maravilló que aquel desgraciado volátil entendiera tan fácilmente la palabra, si bien su respuesta no tuvo mucho sentido y no me sirvió de mucho; porque hemos de convenir en que nunca más fue dado a un hombre vivo el ver a un ave encima de la puerta de su habitación, a un ave o una bestia sobre un busto esculpido encima de la puerta de su habitación, llamarse un nombre tal como “¡Nunca más!”

Preparado así el efecto del desenlace, me apresuro a abandonar el tono fingido y adoptar el serio, más profundo: este cambio de tono se inicia en el primer verso de la estancia que sigue a la que acabo de citar: “Mas el cuervo, posado solitariamente en el busto plácido, no profirió...”, etc.

A partir de este momento, el amante ya no bromea; ya no ve nada ficticio en el comportamiento del ave. Habla de ella en los términos de una triste, desgraciada, siniestra, enjuta y augural ave de los tiempos antiguos y siente los ojos ardientes que le abrasan hasta el fondo del corazón. Esa transición de su pensamiento y esa imaginación del amante tienen como finalidad predisponer al lector a otras análogas, conduciendo el espíritu hacia una posición propicia para el desenlace, que sobrevendrá tan rápida y directamente como sea posible.

Con el desenlace propiamente dicho, expresado en el jamás del cuervo en respuesta a la última pregunta del amante –¿Encontrará a su amada en el otro mundo?–, puede considerarse concluido el poema en su fase más clara y natural, la de simple narración. Hasta el presente, todo se ha mantenido en los límites de lo explicable y lo real.

Un cuervo ha aprendido mecánicamente la única palabra: *nevermore* (nunca más). Habiendo huido de su propietario, la furia de la tempestad le obliga, a medianoche, a pedir refugio en una ventana donde aún brilla una luz: la ventana de un estudiante que, divertido por el incidente, le pregunta en broma su nombre, sin esperar respuesta. Pero el cuervo, al ser interrogado, responde con su palabra habitual, *nevermore* (nunca más): palabra que inmediatamente suscita un eco melancólico en el corazón del estudiante; y este, expresando en voz alta los pensamientos que aquella circunstancia le sugiere, se emociona ante la repetición del *nevermore* (nunca más). El estudiante se entrega a las suposiciones que el caso le inspira; mas el ardor del corazón humano no tarda en inclinarle a martirizarse a sí mismo y también, por una especie de superstición, a formular al ave preguntas tales que la respuesta inevitable, el intolerable nunca más, le proporcione la más horrible secuela de sufrimientos, en cuanto amante solitario. La narración, en lo que he designado como su primera fase o fase natural, halla su conclusión precisamente en esa tendencia del corazón a la tortura, llevada hasta el último extremo: hasta aquí, no se ha mostrado nada que sobrepase los límites de la realidad.

Pero, en los temas manejados de esta manera, por mucha que sea la habilidad del artista y mucho el lujo de

incidentes con que se adornen, siempre quedan cierta rudeza y cierta desnudez que dañan la mirada de la persona sensible. Dos elementos se exigen eternamente: por una parte, cierta suma de complejidad o, dicho con mayor propiedad, de combinación y por otra, cierta cantidad de espíritu sugestivo, algo así como una vena subterránea de pensamiento, invisible e indefinida. Esta última cualidad es la que confiere a la obra de arte el aire opulento que a menudo cometemos la estupidez de confundir con el ideal. Lo que transmuta en prosa —y prosa de la más baja estofa— la pretendida poesía de los que se denominan trascendentalistas es justamente el exceso en la expresión del sentido que sólo debe quedar insinuado, la manía de convertir la corriente subterránea de una obra en la otra corriente, visible en la superficie.

Convencido de ello, añadí las dos estancias que concluyen el poema, porque su calidad sugestiva había de penetrar en toda la narración antecedente. La corriente subterránea del pensamiento se muestra, por vez primera, en estos versos: “¡Arranca tu pico de mi corazón y precipita tu espectro lejos de mi puerta!”. El cuervo dijo: “¡Nunca más!”

Quiero subrayar que la expresión de mi corazón encierra la primera expresión metafórica del poema. Estas palabras, con la correspondiente respuesta, *nevermore* (nunca más), disponen el espíritu a buscar un sentido moral en toda la narración que se ha desarrollado anteriormente. Entonces el lector comienza a considerar el cuervo como un ser emblemático. Pero sólo en el último verso de la última estancia puede ver con nitidez la intención de hacer del cuervo el símbolo del recuerdo fúnebre y eterno.

Y el cuervo, inmutable, sigue instalado,
siempre instalado sobre el busto plácido
de Palas, justo encima de la puerta de mi
habitación; y sus ojos parecen los ojos
de un demonio que medita; y la luz de la
lámpara, que le chorrea encima, proyec-
ta su sombra en el suelo; y mi alma,
fuera del círculo de aquella sombra que
yace flotando en el suelo, no podrá ele-
varse ya más, ¡nunca más!

Traducción de Federico Revilla

El cuervo

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
Sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones
Inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
A mi puerta oí llamar;
Como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta
Mano tímida a tocar:
“¡Es –me dije– una visita que llamando está a mi puerta:
eso es todo y nada más!”.

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo,
Y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.
Cuan ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
Procurando en vano hallar
Tregua a la honda desventura de la muerta Leonora;
La radiante, la sin par
Virgen rara a quien Leonora los querubés llaman, ahora
Ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras
Me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras,
De tal modo que el latido de mi pecho palpitante
Procurando dominar,
“¡Es, sin duda, un visitante –repetía con instancia–
Que a mi alcoba quiere entrar:
Un tardío visitante a las puertas de mi estancia....,
Eso es todo, y nada más!”.

Poco a poco, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando:
“Caballero, dije, o dama: mil perdones os demando;
Mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza
Me vinisteis a llamar,
Y con tal delicadeza y tan tímida constancia
Os pusisteis a tocar,
Que no oí”, dije, y las puertas abrí al punto de mi estancia:
¡sombras sólo y... nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños,
Quedé allí –cual antes nadie los soñó– forjando sueños;
Más profundo era el silencio, y la calma no acusaba
Ruido alguno..., resonar
Sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella
hora
Yo me puse a murmurar,
Y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora...!
Esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,
Pronto oí llamar de nuevo, esta vez con más violencia:
“De seguro –dije– es algo que se posa en mi persiana,
Pues, veamos de encontrar
La razón abierta y llana de este caso raro y serio,
Y el enigma averiguar:
¡Corazón, calma un instante, y aclaremos el misterio...:
Es el viento, y nada más!”.

La ventana abrí, y con rítmico aleteo y garbo extraño,
Entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,
Con aspecto señorial,
Fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta
De mi puerta el cabezal;
Sobre el busto que de Pallas representa
Fue y posóse, y ¡nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza
Con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;
Y le dije: “Aunque la cresta calva llevas, de seguro
No eres cuervo nocturnal,
¡viejo, infausto cuervo oscuro vagabundo en la tiniebla...!
Dime, ¿cuál tu nombre, cuál,
En el reino plutoniano de la noche y de la niebla...?”
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,
Si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;
Pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura
Que lograse contemplar
Ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,
Ave o bruto reposar
Sobre efigie en la cornisa de su puerta cincelada,
Con tal nombre: “Nunca más”.

Mas el cuervo fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,
Sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella
Vinculada, ni una pluma sacudía, ni un acento
Se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: “Ya otros antes se han marchado,
Y la aurora al despuntar,
él también se irá volando cual mis sueños han volado”.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,
“No hay ya duda alguna –dije–, lo que dice es aprendido;
Aprendido de algún amo desdichoso a quien la suerte
Persiguiera sin cesar,
Persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo,
Sus canciones terminar
Y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo
De: ¡Jamás, y nunca más!”.

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,
Mi sillón rodé hasta el frente de ave y busto y de cornisa;
Luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía
Dime entonces a juntar,
Por saber que pretendía aquel pájaro ominoso
De un pasado inmemorial,
Aquel hosco, torvo, infiusto, cuervo lúgubre y odioso
Al graznar: “¡Nunca jamás!”.

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda
calma,
Cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.
Esto y más –sobre cojines reclinado– con anhelo
Me empeñaba en descifrar,
Sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella

Luminosa mi fanal,
Terciopelo cuya púrpura ¡ay! Jamás volverá ella
A oprimir, ¡ah, nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario
Que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario,
Perfumado. “¡Miserable ser –me dije– Dios te ha oído,
Y por medio angelical,
Tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora
Te ha venido hoy a brindar:
Bebe, bebe ese nepente, y así todo olvida ahora!”.
Dijo el cuervo: “Nunca más”.

¡Oh, Profeta –dije– o duende!, mas profeta al fin, ya seas
Ave o diablo, ya te envía la tormenta, ya te veas
Por los ábregos barrido a esta playa, desolado
Pero intrépido, a este hogar
Por los males devastado, dime, dime, te lo imploro.
¿Llegaré jamás a hallar
Algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

“¡Oh, Profeta –dije– o diablo! Por ese ancho, combo velo
De zafir que nos cobija, por el sumo Dios del cielo
A quien ambos adoramos, dile a esta alma dolorida,
Presa infausta del pesar,
Si jamás en otra vida la doncella arrobadora
A mi seno he de estrechar,

La alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora...”.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

“¡Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida
–grité alzándome–, retorna, vuelve a tu hórrida guarida,
La plutónica ribera de la noche y de la bruma...!
¡De tu horrenda falsedad
En memoria, ni una pluma dejes, negra! ¡El busto deja!
¡Deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho! ¡De mi umbral tu forma
aleja...!”.
Dijo el cuervo: “¡Nunca más!”.

¡Y aun el cuervo inmóvil!, fijo, sigue fijo en la escultura,
Sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura....
Y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,
Las visiones ve del mal;
Y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo flota..., nunca
Se alzará..., nunca jamás!

Traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde

Las campanas

I

¡Escucha el tintineo!
¡La sonata
Del trineo
Con cascabeles de plata!
¡Qué alegría tan jocunda nos inunda al escuchar
La errabunda melodía de su agudo tintinear!
¡Es como una epifanía,
En la ruda racha fría,
La ligera melodía!
¡Cómo fulgen los luceros
—¡Verdaderos
Reverberos!—
Con idéntica armonía
A la clara melodía,
Cintilando, cintilando, cintilando,
Como los cascabeles van sonando!
Y, en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico
Los luceros siguen fieles
El son de los cascabeles,
Cascabeles, cascabeles, cascabeles,
Cascabeles, cascabeles,
Cascabeles,
¡El son grato que, a rebato, surge de los cascabeles!

II

¡Escuchad el almo coro
Sonoro
Que hacen las campanas todas!:¡Son las campanas de oro
De las bodas!
¡Oh qué dicha tan profunda nos inunda al escuchar
La errabunda melodía de su claro repicar!
¡Cómo revuela al desgaire
Esta música en el aire!
¡Cómo a su feliz murmullo
Sonoro,
Con sus claras notas de oro,
Se aúna
La tórtola con su arrullo,
Bajo la luz de la luna!
¡Qué armonía
Se vacía
De la alegre sinfonía
De este día!
¡Cómo brota
Cada nota!:Fervorosamente, dice
La felicidad remota
Que predice.
Y a la voz de una campana, sigue las de sus hermanas
Las campanas,
Las campanas, las campanas, las campanas, las campanas,
Las campanas, las campanas, las campanas,

Las campanas, las campanas
En sonoro ritmo de oro de almo coro, ¡Las campanas!

III

¡Oíd cual suena el bordón!:
El borbón
De son bronco
Que pone en el corazón
Es espanto, con su son,
Con su son de bronce, ronco.
¡Qué tristeza tan profunda nos apresa al escuchar
Cómo reza, gemebunda, la fiereza del llamar!
Cómo su son taciturno,
En el silencio nocturno,
Es grito desesperado
Que no es casi pronunciado
¡De aterrado!
Grita de espanto ante el fuego
Y agudo alarido luego,
Es un clamor que se extiende,
Que el espacio, ronco, hiende
Y que llama;
Que defiende
Y que clama, clama, clama,
Que clama pidiendo auxilio
En tanto que ve el exilio
De aquellos que el fuego, ciego y arrollador, empobrece
Y el fuego que atace y crece,
Mientras se oye el ronco son,

El somatén del bordón,
Del bordón, bordón, bordón
¡Del bordón!
¡Cómo el alma se desgarra
Cuando el son del bordón narra
La aflicción
De aquellos que arruina el fuego!
Y, cómo nos dice luego
Los progresos que hace el fuego
—Que va a tientas, como ciego—
El somatén del bordón,
¡Que es toda una narración!
¡Oh, la tempestad de ira
En la que el bordón delira
Y en que, convulso, delira!
El alma escucha, anhelante,
Si el fuego sigue adelante,
Con su son;
El bordón que da su son,
El bordón, bordón, bordón,
¡El bordón!
Que es toda una narración el somatén del bordón,
Del bordón, bordón, bordón,
Del bordón, bordón, bordón,
Del bordón;
El grito ante el infinito, cual proscrito, ¡del bordón!

IV

¡Escuchad cómo la esquila,
Cómo el esquilón de hierro,
Llama con voz que vacila,
Al entierro!

¡Qué meditación profunda nos inunda, al escuchar
la errabunda y gemebunda melodía del sonar!

¡Cómo llena de pavura
Su son, en la noche obscura!
¡Cómo un estremecimiento
Nos recorre al pensamiento
Que provoca su lamento!

 Cuando suena

La grave esquila de hierro, con su lúgubre toquido,
Con su lúgubre toquido, que la medianoche llena,

¡Es que las almas en pena
Se han reunido!

 ¡Oh, la danza
Al son que toca la esquila
En una noche intranquila,
Cual relámpago lanza
Su tijera de luz lila,

Trocando en visión del Juicio la noche sin esperanza!

Entonces, ya no vacila
La grave voz de la esquila
De la esquila, la esquila de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
Sino que suena furiosa,
Con una voz cavernosa,

Y, en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Algún ronco rayo truena
Y se alumbra con relámpagos la noche sin esperanza,
Mientras las almas en pena
Giran, giran en su danza,
Bajo la triste luz lila.

Y, en tanto, se oye la grave voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila.
De la esquila, de la esquila, de la esquila.
Y en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Mientras se oye la triste, la triste voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
Furibundo rayo truena,
El relámpago cintila
Y los espectros en pena
Danzan al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
Y, en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Danzan, al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
¡De la esquila!
Y, mientras que el rayo truena,
Que el relámpago cintila

Y que, con furor terrible, danzan las almas en pena,
 Se oye la voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
 De la esquila, de la esquila,
La voz de cruento lamento ¡de la esquila!

Traducción de Rafael Lozano

Ulalume

La estación era que el cielo se cubre;
Las hojas secas crujían crispadas
Y, en remolinos, morían quebradas.
Fue en una fúnebre noche de Octubre
De cuya fecha jamás me he acordado,
Cerca del lago de Auber, insalubre,
Y en el gran bosque de Weir, encantado.
Fue en las orillas de Auber, insalubre,
Y en el gran bosque de Weir, hechizado.

Cruzaba entonces la senda titánica
De altos cipreses, seguido de mi alma,
De altos cipreses, con Psiquis, mi alma.
Tenía, entonces, el alma volcánica
Cual la lava que da sus óbolos
Cuyas corrientes, en la región Yánika,
Bajo los cambios que danle los Polos
Cuyas corrientes, en la región Yánika,
Truenan, lo mismo que un juego de bolos.

Lo que dijimos –aun hoy lo cubre
La niebla vagarosa del misterio–
Era algo de profundamente serio,
Aunque ignorábamos que era ya Octubre
Y el año mismo en que había pasado:
¡Oh, aquella noche de ese año hechizado!

Y nada vimos del lago insalubre
—Aunque otra vez lo habíamos hallado—.
Nada supimos del lago insalubre,
Ni del gran bosque de Weir, encantado.

Como la noche ya había caído
Y que apagaba a los astros la aurora,
Pues los astros perdíanse en la aurora,
Vimos el fin de la senda encendido
Por un reflejo que apenas nacía,
Del que emanaba un extraño creciente
Y un doble cuerno el creciente tenía:
Era Astarté, de almendrado creciente;
Era Astarté, doble cuerno tenía.

Entonces dije: «Más bella que Diana
Astarté boga en un mar de suspiros,
Guiándonos a una región de suspiros,
Ha contemplado este llanto que mana
Por mis mejillas, en honda aflicción.
Ha cruzado las estrellas del León
Para mostrarnos la calma del cielo,
Para mostrarnos la ruta del cielo
Vino, a pesar de la fuerza del León,
Para otorgarnos la luz de sus ojos;
Vino, burlando las redes de León,
Con el amor que despiden sus ojos.»

Psiquis repuso, levantando el dedo:

«No sé por qué no me fío a la estrella;
Yo no me fío a la pálida estrella.
Vámonos, vámonos, yo tengo miedo.»
Así me dijo, dejando caídas
Sus bellas alas, barriendo la arena
Y, sollozando, dejaba caídas
Sus bellas alas, barriendo la arena,
Sus bellas alas, llorando de pena.

Le contesté: «Deliras, como en sueños.
Sigamos esta luz, trémula y bella.
Bañémonos en luz de la estrella.
Los fulgores que ofrece son sedeños,
Cual la bella esperanza de esta noche.
Bien podemos confiarnos a la estrella.
Mira, en el cielo azul, es como un broche:
No pueden engañarnos sus empeños.
Sigamos esta luz, trémula y bella,
Que nos guiará, con sus rayos sedeños,
Cual la bella esperanza de esta noche.»

Calmóse Psique, y yo le di un beso;
Quise ahuyentar su profunda tristeza.
Y logré al fin ahuyentar su tristeza.
Seguimos junto la senda, y, en eso,
Vimos de pronto la entrada a una tumba;
Vimos, con una inscripción, una tumba.
Yo pregunté: «Dime, hermana, ¿qué es eso
Que, en grandes letras, nos narra la tumba?»

Y ella repuso: «Ulalume, Ulalume;
He ahí por qué la pena te consume:
¡Esta es la tumba que guarda a Ulalume!»

Mi pobre alma, tal cual se cubre
De nubes negras, de súbito, el cielo,
Cubrióse, entonces, con un negro velo.
Y yo me dije: «Era en el mes de Octubre
Y, en esta noche, del año pasado
Que a estos lugares me trajo mi anhelo,
Que a estos lugares me trajo mi duelo.
Que, en esta noche de este año hechizado,
¿Por qué el Demonio me trajo con celo?
Este es el lago de Auber, insalubre;
Este es el bosque de Weir, encantado:
Ahora me acuerdo del lago insalubre
Y del gran bosque de Weir, hechizado.»

Traducción de Rafael Lozano

A Elena

Te vi un punto;
Era una noche de julio, noche tibia y perfumada,
 Noche diáfana;
De la luna plena y límpida,
Límpida como tu alma,
 Descendían
Sobre el parque adormecido gráciles velos de plata;
 Ni una ráfaga
 El infinito silencio
Y la quietud perturbaban,
 En el parque.
Evaporaban las rosas los perfumes de sus almas,
 Para que los recogieras
 En aquella noche mágica;
Para que tú los aspiraras, su último aliento exhalaban
 Como en una muerte estática,
 Y era una selva encantada
Y era una noche de ensueños y claridades fantásticas.
 Toda blanca,
 Sobre un banco de violetas
 Reclinada
 Te veía,
Y a las rosas moribundas y a ti una luz tenue y diáfana
 Alumbraba,
 Luz de perla diluída
En un éter de suspiros y de evaporadas lágrimas.
 ...¿Qué hado extraño

(¿Fue ventura, fue desgracia?)

Me condujo

Aquella noche hasta el parque de las rosas que exhalaban

Los suspiros perfumados

De su alma?

Ni una hoja

Susurraba;

No se oía

Una pisada;

Todo mudo,

Todo en sueños,

Menos tú y yo (¡cuál me agito al unir las dos palabras!),

Menos tú y yo. De repente

Todo cambia.

¡Oh el parque de los misterios; ¡Oh, la región encantada!

Todo cambia.

De la luna la luz límpida, la luz de perla se apaga;

El perfume de las rosas muere en las dormidas auras;

Los senderos se oscurecen,

Espiran las violas castas;

Menos tú y yo todo huye, todo muere, todo pasa...

¡Todo se apaga y se extingue, menos tus hondas miradas;

Tus dos ojos donde arde

Tu alma!

¡Y sólo veo entre sombras aquellos ojos! ...

¡Oh amada,

Qué tristezas extrahumanas,

Qué irreales

Leyendas de amor relatan!

¡Qué misteriosos dolores,
Qué sublimes esperanzas,
Qué mudas renunciaciões

Expresan aquellos ojos que en las sombras fijan en mí sus
[miradas!]

Noche obscura;

Ya Diana

Entre turbios nubarrones hundió la faz plateada;

Y tú sola,

En medio de la avenida

Funeraria

Te deslizas

Irreal, mística y blanca;

Te deslizas y te alejas, incorpórea, cual fantasma.

Sólo flotan tus miradas,

Sólo tus ojos perennes,

Tus ojos de hondas miradas,

Fijos quedan!

A través de los espacios y los tiempos, marcan, marcan

Mi sendero, y no me dejan, cual me dejó mi esperanza;

Van siguiéndome,

Siguiéndome,

Como dos estrellas cándidas;

Cual fijas estrellas dobles en los cielos apareadas

En la noche

Solitaria,

Purifican con sus rayos y mi corazón abrasan,

Y me prosterno ante ellos con adoración extática;

Y en el día

No se ocultan cual se ocultó mi esperanza;
Por todas partes me siguen, mirándome fijamente
En mi espíritu clavados...
¡Misteriosas y lejanas
Me persiguen tus miradas
Como dos estrellas fijas, como dos estrellas tristes,
Como dos estrellas blancas!

Traducción de Carlos A. Torres

Annabel Lee

Hace ya muchos años, muchos años,
Allá en un reino junto al mar turquí,
Vivía una muchacha, cuyo nombre
Os daré a conocer; Annabel Lee,
La cual sólo gozaba con la idea
De ser amada y de vivir por mí.

Yo era un chiquillo y ella una chiquilla
En ese reino junto al mar turquí;
Mas ¡con qué amor inmenso nos queríamos
Yo y mi bella amiguita Annabel Lee!
Con un amor que hasta los serafines
Nos envidiaban, a ella como a mí.

Y esa fue la razón de que hace tiempo,
En ese reino junto al mar turquí,
Soplara el viento de una nube helando
A mi bella adorada Annabel Lee;
Que sus padres de origen noble fueran
A buscarla, quitáranmela a mí,
Y fueran a enterrarla en un sepulcro,
Allá en un reino junto al mar turquí.

Ángeles, menos faustos en el cielo,
Nos envidiaban, a ella como a mí,

Y esa fue la razón –todos lo saben,
En ese reino junto al mar turquí–,
Por la cual salió el viento de esa nube
Que heló y mató a mi bella Annabel Lee.

Pero fue más inmenso el amor nuestro,
Que el de aquellos, más graves que yo fui,
Que el de aquellos, más listos que yo fui,
Y ni los serafines en el cielo
Ni los demonios en el mar turquí,
Podrán mi alma separar del alma
De mi bella adorada Annabel Lee

Que no brilla la luna sin traerme
Los sueños de la bella Annabel Lee,
Y las estrellas no aparecen nunca
Sin la mirada fiel de Annabel Lee,
Y así, durante el flujo y el reflujo,
Duermo junto a mi esposa Annabel Lee,
En el triste sepulcro abandonado,
En nuestra tumba, allá en el mar turquí.

Traducción de Fernando Maristany

A mi madre

Porque sé que los ángeles que viven en el cielo
Y que, entre ellos, entonan sus más hermosos cantos,
No han hallado palabra que tenga los encantos
Del dulce nombre, *madre*, que encierra todo anhelo.

Yo te doy ese nombre, porque así lo ha querido
Mi corazón: Tú has sido más que la madre mía,
Cuando nuestra Virginia dejó la tierra un día
Y tu amor llenó, entonces, mi corazón dolido.

Mi pobrecita madre –que se fue tan temprano–
Era mi propia madre, más tú lo eres de aquella
Que me fue tan querida en la vida y, por ella,
Te amo, más que a la madre que me quitó el Arcano,

Con ese amor inmenso de mi esposa querida
Que era, para mi alma, más que su propia vida.

Traducción de Rafael Lozano

El Dorado

I

Un gallardo caballero,
Valiente como un cruzado,
Alegre, joven y fiero,
Por un áspero sendero
Marcha en busca de El Dorado.

II

Ya está ahora jadeante;
Siente el corazón pesado,
Y aunque prosigue adelante
El férvido caminante,
No encuentra nunca El Dorado.

III

La fuerza le ha abandonado;
Cae al fin y alcanza a ver
Fúnebre sombra a su lado.
«Sombra –le dice al caer–,
¿En dónde se halla El Dorado?
–En un astro muy distante

Se encuentra el valle encantado
Del Ensueño... Caminante,

Llega a esa estrella radiante
Si estás buscando El Dorado.»

Traducción de Carlos A. Torres

Eulalia

Vivía, entonces, solo,
En un mundo de dolor,
Y mi pobre alma era cual laguna estancada,
Hasta que por primera vez vi a la dulce Eulalia, mi casta
[bien amada,
Hasta el día en que Eulalia, la del cabello de oro prometió
[ser mi amada
¡Ah!, no son tan brillantes
Los astros cintilantes
Cual los hermosos ojos radiantes de mi amada;
Ni nube de vapor
A la luna mezclada,
Con tintes de escarlata y perla, en esplendor,
Puede ser comparada con un modesto rizo de Eulalia bien
[amada,
Puede ser comparada con un pequeño rizo de Eulalia bien
[amada.
Ahora, la tristeza
Ya no me hará su presa,
Pues *ella* me da su alma, de suspiro en suspiro.
Y, todo el día miro
Cómo Astarté destella
Cada vez que hacia ella
Mi Eulalia bien amada eleva su radiante y tímida mirada,
Cada vez que, de nuevo, levanta la violeta de su dulce
[mirada.

Traducción de Rafael Lozano

La ciudad en el mar

¡Mirad! La Muerte levanta su trono
En la ciudad inmensa y solitaria,
En la ciudad inmensa que se extiende
Del triste ocaso en la región lejana,
Donde el bueno y el malo, confundidos
Con el peor y el mejor, juntos descansan
Y brillan los palacios y las torres
(Torres vetustas por el tiempo ajadas);

En redor de las torres y palacios
Los vientos del olvido se levantan,
Y debajo del cielo, adormecidas
Reposan, melancólicas, las aguas.

Ningún rayo de luz brilla en las noches
De la ciudad fatídica y extraña.
Ningún rayo de luz, desde los cielos,
Desciende a iluminar sus noches largas;
Mas del fondo del piélago sombrío
luminosas corrientes se adelantan,
Que alumbrando las torres silenciosas
Sobre las cimas y a lo lejos vagan.
Relucen en los domos atrevidos,
Sobre los templos, en las regias salas,
En las musgosas, imponentes ruinas
De rudas, babilónicas murallas;
Sobre espléndidas tumbas y sarcófagos,

Maravillosas tumbas cinceladas,
Cuyas flores de piedra en espirales
Sus retorcidos frisos, donde el pámpano,
La violeta y el musgo se destacan.
Bajo el cielo tranquilo, adormecidas
Reposan, melancólicas, las aguas;
Y allí las torrecillas en la sombra,
Cual péndulos, parecen inclinadas,
Mientras la Muerte, en orgullosa torre
Yace tendida en la ciudad fantástica.
Templos abiertos y entreabiertas fosas
Allí bostezan en la linfa diáfana,
Bostezan en la linfa luminosa.
Y ningún rico en la ciudad callada,
Que en los brillantes ojos de los ídolos
Duerme el último sueño, ni la blanca.
Muerta, de alegres joyas revestida,
Su húmedo lecho entre las olas palpan,
Ni aquellas olas por el viento, nunca,
En tan lejanos mares son rizadas,
Ni el cielo, sobre mares tan horribles,
Tan plácidos y horribles, se dilata.

¡Pero mirad! ¡De pronto el aire tiembla!
¡Agítanse las olas espantadas
Cual si fueran hundiéndose las torres
En la marea fúnebre que avanza,
Y como si las cimas en la altura,
Lentamente, de lado se inclinaran!

Rojizo resplandor tiñe las olas;
El tiempo mudo sordamente pasa,
Y lejos de los ruidos terrenales
Que de los tronos infinitos se alzan,
Abajo, abajo, donde fue construida,
Abajo, abajo, en la ciudad extraña,
El infierno se inclina reverente
Con expresión satánica.

Traducción de Leopoldo Díaz

Leonora

I

¡El vaso se hizo trizas! Desapareció su esencia.

¡Se fue; se fue! ...

Doblad, doblad, campanas, con ecos plañideros,
Que un alma inoculada de Estigia en los linderos

Flotar se ve.

Y tú, hombre de piedra, ¿qué hiciste de tus lágrimas?

¡Ah, déjalas correr!...

Mira, el angosto féretro encierra a tu Leonora;

Oye los cantos fúnebres que entona el fraile; ahora

Ven a su lado, ven.

Antífonas salmodien a la que un noble cetro

Fue digna de regir;

Un ronco *De profundis* a la que yace inerte,

Que con morir tan joven sufrió una doble muerte...

¡Tan joven y morir!

Indignos, los que amabais en ella solamente

Las formas de mujer,

Pues su altivez nativa os imponía tanto,

Deseasteis que muriera, cuando el fatal quebranto

Posó sobre su sien.

¿Quién abre las rituales? ¿Quién va a cantar el *Réquiem*?

Quiero saberlo. ¿Quién?

¿Vosotros, miserables, de lengua ponzoñosa
Y ojos de basilisco?... ¡Mataron a la hermosa,
Que tan hermosa fue!

¿Peccavimus cantasteis? Cantasteis en mal hora...
El *Stabat* entonad;
Que su solemne acento suba al excelso trono
Como un sollozo amargo que no suscite encono
En la que duerme en paz.

II

Ella, la hermosa, la gentil Leonora,
Emprendió el vuelo en su primer aurora;
Ella, tu novia, en soledad profunda
¡Huérfano te dejó!

Ella, la gracia misma, ora reposa
En rígida quietud; en sus cabellos
Hay vida aun; mas en sus ojos bellos
¡No hay vida, no; no, no!

¡Atrás! Mi corazón late de prisa
Y en alegre compás. ¡Atrás! No quiero
Cantar el *De profundis* majadero,
Porque ya inútil es.

Tenderé el vuelo y al celeste espacio
Me lanzaré en su noble compañía.
¡Voy contigo, alma mía; sí, alma mía,
Y un peán te cantaré!

III

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros
Acaso le hagan mal.

No turben con sus voces la beatitud de un alma
Que vaga sobre el mundo con misteriosa calma
Y en plena libertad.

Respeto para el alma que los terrenos lazos
Triunfante desató;

Que ahora luminosa flotando en el abismo
Ve amigos y contrarios; que del infierno mismo
Al cielo se lanzó.

Si el vaso se hizo trizas, su eterna esencia libre
¡Se va, se va!...

¡Callad, callad, campanas de acentos plañideros,
Que mi alma inmaculada del cielo en los linderos
Tocando está!

Traducción de E. de la Barra

El palacio encantado

I

En el más verde de nuestros valles,
Donde habitaron ángeles buenos,
En otro tiempo su frente alzaba
Hasta las nubes palacio espléndido;
Era el dominio de un rey altivo;

El Pensamiento.

Jamás querube batió las alas
Sobre un palacio más noble y regio.

II

Gualdas, doradas, rojas banderas
Sobre las torres flotan al viento
(¡Y esto hace tiempo, tiempo remoto,
 Ya mucho tiempo!),
Y toda brisa que en las almenas
Rizaba alegre tales trofeos,
En los espacios se evaporaba
Como un aroma de azul incienso.

III

Los peregrinos de aquellos valles,
Por las ventanas absortos vieron
En los salones danzar espíritus

De ágiles flautas al ritmo aéreo,
Y en torno a un trono luego acercábanse
(Un trono excelso),
Donde en su gloria resplandecía
El infortunado rey de ese reino.

IV

Orlada en perlas y pedrerías
La vasta puerta del monumento,
Cual ledo río pasar dejaba
Las muchedumbres de alados Ecos,
De alados Ecos que repetían
en sus concientos
De aquel monarca las alabanzas,
Las alabanzas del Pensamiento.

V

Mas de repente, seres extraños,
Fúnebres seres, siempre de duelo,
El trono altivo de aquel monarca
Asaltan pérfidos.
La antigua gloria y el poderío,
El poderío del Pensamiento,
Son ya una historia casi olvidada
Hace ya tiempo, ya mucho tiempo.

VI

Y hoy el viandante de aquellos valles,
Por los balcones ve, siempre abiertos,
Formas extrañas que danzan, danzan
Al son de músicas que son lamentos,
Y por las puertas pasan y pasan
 los foscos Sueños,
Cual negro río de sombras lívidas,
De sombras lívidas siempre de duelo...

Traducción de Carlos A. Torres

El gusano triunfador

La función es de gala; en la escena
De sumptuoso, imponente teatro,
Ante un público de ángeles, tristes,
Conmovidos y absortos los ánimos,
Represéntase un trágico drama
De desdicha, de luto y de espanto:
Mientras ruge la orquesta y suspira
En acordes luctuosos y extraños.

Unos mimos, de Dios propia imagen,
Sobre el vasto, revuelto tablado
Van y vienen, se agitan, murmuran,
Prorrumpiendo ora en risa, ora en llanto.
Cual insconscientes figuras movidas
Al impulso de incógnita mano;
Y de aquel escenario variable,
Tramoyista invisible es el Hado.

¡Oh, ese drama de espanto y de duelo
No podrá la memoria borrarlo!
Con su turba fugaz de quimeras
Perseguida, mas, ¡ay!, siempre en vano,
Por enjambre insistente de ilusos
En un círculo eterno girando,
Y en el fondo, cual alma de todo,
El horror, la locura, el pecado.
Mas mirad: de las sombras engendro

Surge un monstruo espantable, arrastrando
Su rojiza, pletórica forma,
Y el proscenio al ganar, sanguinario,
En los trémulos cuerpos yacentes
De los mimos, voraz, hace pasto;
Y sollozan los ángeles viendo
De tan cruenta catástrofe el cuadro...

Ya las luces apáganse todas;
Sobre aquel horroroso escenario
Baja al fin con estruendo solemne
El telón, como fúnebre manto;
Y los ángeles dicen llorosos
Al salir del suntuoso teatro:
«La tragedia titúlase *El hombre*,
Y es el héroe triunfante el Gusano.»

Traducción F. J. Amy

País de ensueños

En una senda abandonada y triste
Que recorren tan sólo ángeles malos,
Una extraña deidad, la negra Noche,
Ha erigido su trono solitario.
Allí llegué una vez; crucé atrevido
De Tule ignota los contornos vagos,
Y al reino entré que extiende sus confines
Fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

Valles sin lindes, mares sin riberas,
Cavernas, bosques densos y titánicos,
Montañas que a los cielos desafían.
Y hunden la base en insondables lagos,
En lagos insondables, siempre mudos,
De misteriosos bordes escarpados,
Gélidos lagos, cuyas muertas aguas
Un cielo copian tétrico y extraño.

Orillas de esos lagos que reflejan
Siempre un cielo fatídico y hurao,
Cerca de aquellos bosques gigantescos,
Enfrente de esos negros océanos,
Al pie de aquellos montes formidables,
De esas cavernas en los hondos antros,
Vense a veces fantasmas silenciosos
Que pasan a lo lejos sollozando,
Fúnebres y dolientes... Son aquellos

Amigos que por siempre nos dejaron;
Caros amigos para siempre idos,
Fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

Para el alma nutrida de pesares,
Para el transido corazón, acaso
Es el asilo de la paz suprema,
Del reposo y la calma, un El Dorado.
Pero el viajero que azorado cruza
La región, no contempla sin espanto
Que a los mortales ojos sus misterios
Perennemente seguirán sellados.
Así lo quiere la deidad sombría
Que tiene allí su imperio incontrastado.

Por esa senda desolada y triste
Que recorren tan sólo ángeles malos,
Senda fatal donde la diosa Noche
Ha erigido su trono solitario,
Donde la inexplorada, última Tule
Esfuma en sombras sus contornos vagos,
Con el alma abrumada de pesares,
Transido el corazón, he paseado...
¡He paseado en pos de los que huyeron
Fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

Traducción de Carlos A. Torres

A Zante

Fair isle, that from the fairest of hall flowers...

¡Isla hermosa, la hermosa entre las flores
Te dio de nombres bellos el más bello!
¡Qué recuerdos me traen halagadores
Las tuyas y tu mágico destello!

¡Cuánta escena pasó de dicha ciega!
¡Cuánta ilusión de anhelos enterrados!
¡Visiones de una niña que no llega
Jamás, jamás, a tus risueños prados!

Jamás! Todo lo cambia este sonido.
Jamás tu antiguo encanto resucita;
Tu recuerdo, *jamás*. Siendo florido,

Me vas a parecer tierra maldita.
¡Jacintino país! ¡Purpúreo Zante!
Isola d'oro! ¡*Fior di Levante!*

Traducción de Narciso Alonso Cortés

A la ciencia

Science! true daughter of Old Time thou art!

¡Ciencia! Del tiempo viejo la hija eres.
Todo lo cambias con tus ojos vagos.
¿Por qué en mi corazón saciarte quieres,
¡Oh cuervo!, cuyas alas son estragos?

¿Te amaré yo, ni el sabio en sus anhelos,
Si explayar no le dejas sus quimeras
Cuando busca tesoros en los cielos
Dejándose llevar de alas ligeras?

¿No supiste arrancar del carro a Diana,
Y echar las hamadriádes de sus lares
Para acogerse a estrella más lejana?

¿No quitaste a las náyades los mares
Y al Helfe el prado? ¿Acaso no prescindo
Por ti del sueño al pie del tamarindo?

Traducción de Narciso Alonso Cortés

Estancias a Elena

Helena, tu beldad
Es para mí una barca de otra edad
Que, en el mar perfumado,
Boga sin novedad
Y conduce al viajero fatigado
A su propia ciudad.

Cuando la lucha contra el mar arrecia,
En tu cabello que el jacinto aroma
Y en tu aire antiguo que en tu rostro asoma,
Todo mi ser aprecia
La gloria que fue Grecia
Y el gran poder que disfrutara Roma.

Y, en tu brillante nicho en medallón,
Como una estatua estás, ante el Arcano,
Con la lámpara de ágata en la mano
Que tu brazo levanta:
¡Psiquis venida a mí de la región
Que es Tierra Santa!

Traducción de Rafael Lozano

Los espíritus de la muerte

Tu alma, con sus sombríos pensamientos,
Se hallará sola en la siniestra tumba.
Nadie querrá saber lo que en secreto
Tu corazón y tu conciencia ocultan.

Sé silencioso en soledad tan grande,
Que no es tal soledad, pues te circundan,
Los espíritus todos de la muerte,
Que ya en vida rondaban en tu busca.

Ellos querrán ensombrecerte el alma
Con sus negros arcanos y sus dudas.
Sé silencioso en soledad tan grande;
Cierra los labios cual la misma tumba.

Y la noche, aunque clara y luminosa,
Se tornará de pronto en cueva obscura;
Desde sus altos tronos las estrellas
No alumbrarán tu soledad adusta.

Mas sus rojizos globos sin fulgores
Han de ser a tu tedio y a tu angustia
Como incendio voraz, cual una fiebre,
De los que libre no has de verte nunca.

No podrás desechar los pensamientos
Ni las visiones que tu mente turban,

Y que antes en tu espíritu dejaban
La huella del rocío en la llanura.

La brisa, que es de Dios el puro aliento,
Soplará en torno de la helada tumba,
Y en la colina tenderá su velo
La niebla vaporosa y taciturna.

Las tinieblas, las sombras invioladas
Símbolo y prenda son: hablan y auguran.
Sobre las altas copas de los árboles
Tiende el misterio su cerrada túnica.

Traducción de Juan Pablo Rivas

El día más feliz

El día más dichoso
Y la hora más feliz,
Hubo también un tiempo
Que yo los conocí.
Fue cuando del orgullo
Y del poder, febril,
En mi alma, hoy ya marchita,

El ímpetu sentí.
Poder y orgullo, sueños
Leves como el vivir,
Ya sé que para siempre
Pasaron para mí.

¡Oh, del poder el ansia
También yo la sentí,
Que tiempo ha que murieron
Su ardor, su frenesí!
Volaron las visiones
De mi alma juvenil.
Dejadlas que se extingan,
Que se alejen de mí!
Orgullo, ¿qué me quieres?
¿Que otro herede en la lid
El tósigo que un tiempo
Depositaste en mí?
¡Oh espíritu, descansa
De tu afanar febril!

El día más dichoso
Y la hora más feliz
Del poder y el orgullo
Brillaron para mí.
Con su fuego causáronme
Un hondo frenesí;
Pero amargados ambos

Por el tormento hostil
De que su fuerte goce
No volveré a sentir.

Llevaban en las alas
Negra mezcla, ¡ay de mí!,
Y al perderse a lo lejos
En remoto confín,
Vertieron en mi pecho
Una esencia sutil,
Mortal para el que supo
Su aroma percibir.

Traducción de Juan Pablo Rivas

El lago

A...

De mi vida en la distante, jubilosa primavera,
Dirigí mi paso errante a una mágica ribera.
La ribera solitaria, la ribera silenciosa
De un salvaje lago ignoto que circundan y obscurecen
 Negra cinta rocallosa
Y copudos, altos pinos, que las auras estremecen.

Pero cuando allí la noche su fúnebre manto arroja
Y el místico y gemebundo viento de su melodía,

Entonces, ¡ah!, entonces quiere despertar de su congoja
Del terror del lago triste, despertar el alma mía.

Antes, no el terror dejaba en mi espíritu contento;
Antes, mas hoy, ni las joyas ni el afán de la riqueza,
Como antes, a contemplarlo llevarán mi pensamiento,
Ni el amor, por más que fuese el amor de tu belleza.

La muerte estaba en el fondo de la ola envenenada,
Y una tumba en lo más hondo, pérfidamente adornada
Para quien a su amargura breve tregua hubiera dado
Un nepente, a los dolores de su espíritu afligido,
 Y en un Edén transformado
El salvaje lago ignoto, lago triste y escondido.

Traducción de Leopoldo Díaz

La durmiente

Era la media noche, en junio, tibia, bruna.
Yo estaba bajo un rayo de la mística luna,
Que de su blanco disco, como un encantamiento
Vertía sobre el valle un vapor soñoliento.
Dormitaba en las tumbas el romero fragante,
Y al lago se inclinaba el lirio agonizante,

Y envueltas de la niebla en el ropaje acuoso,
Las ruinas descansaban en vetusto reposo.
¡Mirad! También el lago, semejante al Leteo,
Dormita entre las sombras con lento cabeceo,
Y del sopor consciente despertarse no quiere
Para el mundo que en torno lánguidamente muere.
Duerme toda belleza, y ved dónde reposa
Irene, dulcemente, en calma deleitosa,
Con la ventana abierta a los cielos serenos,
De claros luminares y de misterios llenos.
¡Oh mi gentil señora! La causa no se acierta.
¿Por qué está tu ventana, así, en la noche, abierta?
Los aires juguetones, desde el bosque frondoso,
Risueños y lascivos, en tropel rumoroso
Inundan tu aposento y agitan la cortina
Del lecho en que tu hermosa cabeza se reclina,
Sobre los bellos ojos de copiosas pestañas,
Tras los que el alma duerme en regiones extrañas,
Como fantasmas tétricos, por el suelo y los muros
Se deslizan las sombras de perfiles oscuros.

¡Oh mi gentil señora! ¿No te asalta el espanto?
¿Cuál es, di, de tu ensueño el poderoso encanto?
Debes de haber venido de los lejanos mares
A este jardín hermoso de troncos seculares.
Extraños, son, mujer, tu palidez, tu traje,
Y de tus largas trenzas el flotante homenaje;
Pero aun es más extraño el silencio solemne
En que envuelves tu sueño misterioso y perenne.

La dama gentil duerme. ¡Que duerma para el mundo!
Todo lo que es eterno tiene que ser profundo.
El cielo lo ha amparado bajo su dulce manto,
Trocando este aposento por otro que es más santo,
Y por otro más triste, el lecho en que reposa.
Yo le ruego al Señor que, con mano piadosa,
La deje descansar con sueño no turbado,
Mientras que los difuntos desfilan por su lado.

Ella duerme, amor mío... ¡Oh!, mi alma la desea
Que así como es eterno, profundo el sueño sea;
Que los viles gusanos se arrastren suavemente
En torno de sus manos y en torno de su frente;
Que en la lejana selva, sombría y centenaria,
La alcen una alta tumba tranquila y solitaria,
Donde floten al viento, altivos y triunfales,
De su ilustre familia los paños funerales;
Una lejana tumba, a cuya puerta fuerte
Piedras tiró, de niña, sin temor a la muerte,
Y a cuyo duro bronce no arrancará más sones,

Ni los fúnebres ecos de tan tristes mansiones.
¡Qué triste imaginarse, pobre hija del pecado,
Que el sonido fatídico a la puerta arrancado,
Y que quizá con gozo resonara en tu oído,
De la muerte terrífica era el triste gemido!

Traducción de Juan Pablo Rivas

Himno

Por la mañana, a mediodía, al atardecer,
¡María! ¡tú has escuchado mi himno!
En las alegrías y en las tristezas –en la salud y en la enfer-
medad–
¡Madre de Dios, acompáñame!
Cuando las horas pasan volando,
y ni una nube oscurece el cielo,
mi alma, en caso que se ausente
tu gracia me lleva hacia los tuyos y hacia ti;
ahora, cuando las tormentas del Destino se ciernen
para ensombrecer mi presente y mi pasado,
¡haz que mi futuro brille radiante
dándome dulces esperanzas de los tuyos y de ti!

Traducción de Arturo Sánchez

País de hadas

Oscuros valles y tenebrosos pantanos,
sombríos bosques,
cuyas formas no podemos adivinar
al impedirlo las lágrimas que caen por todas partes.
Enormes lunas que aparecen y desaparecen
una vez, y otra vez, y otra vez,
a cada momento en la noche
—siempre cambiando de lugar—
Y oscurecen los rayos de estrella
con el aliento de sus pálidos rostros.
Alrededor de las doce por el reloj lunar
una un poco más nebulosa que las demás
(en un juicio,
decidieron que era la mejor)
desciende —abajo, más abajo—
con su centro sobre la corona
de la cumbre de una montaña,
mientras que su amplia circunferencia
de flotantes vestiduras cae
sobre aldeas, sobre pórticos,
donde quiera que estén
—sobre los lejanos bosques, sobre el mar—
sobre los espíritus alados,
sobre las cosas adormecidas,
y las envuelve completamente
en un laberinto de luz,
y entonces, ¡qué profunda! ¡oh, profunda!

es la pasión de su sueño.
Por la mañana se levantan
y su envoltura de luna
se eleva en los cielos,
con la tempestad cuando se sacuden,
como no ha pasado nada
No usan más esta luna
para el mismo fin que antes
—o sea a guisa de tienda—
lo cual encuentro extravagante:
sus partículas, de todas formas,
se disuelven y caen en cascada,
y aquellas mariposas,
de la Tierra, que vagan por los cielos
y regresan abajo otra vez
(¡nunca contentas con las cosas!)
han traído algunas de ellas
prendidas en sus temblorosas alas.

Traducción de Arturo Sánchez

El Coliseo

¡Modelo de la antigua Roma! ¡Rico relicario
de excelsa contemplación dejado al tiempo
por centurias enterradas de pompa y poder!
A la larga –a la larga– después de tantos días
de cansado peregrinaje y ardiente sed,
(sed para las primaveras de sabiduría que en ti yacen)
yo me arrodillo, un alterado y sencillo hombre,
entre tus sombras, y así bebo dentro de
mi alma tu grandeza, oscuridad y gloria.

¡Inmensidad! ¡Edad y memorias de antigüedad!
¡Silencio y desolación y oscura noche!
Te siento ahora –te siento en tu fuerza–.
¡Oh! ¡Hechizas más firmemente que cualquier rey de Judá
educaido en los jardines de Getsemaní!
¡Seduces con más potencia que la aldea invadida
siempre inundada de quietas estrellas!

¡Aquí, donde un héroe cayó, una columna cayó!
¡Aquí, donde la única águila resplandeció en oro
una vigilia de medianoche sostiene el tostado poste!
¡Aquí, donde las damas de Roma doraron sus cabellos
que ondeaban al viento, ahora ondean el junco y la caña!
¡Aquí, donde en dorado trono el monarca se recostó,
se desliza, como un espectro en su casa de mármol,
alumbrado por la lánguida luz de la luna,
el ligero y silencioso lagarto de las piedras!

¡Pero permanecen! ¡Estas paredes, estas arcadas cubiertas de hiedra,
estas moldeadas bases, estos tristes y ennegrecidos fustes,
estos confusos entablamentos, estos desmoronados frisos,
estas rotas cornisas, este desastre, esta ruina,
estas piedras –¡ay! estas grandes piedras– ¿son todas ellas
todas, de la fama y lo colossal dejadas
por corrosivas horas al Destino y a mí?

«¡No todas!» –el eco me contesta– «¡no todas!
»Proféticos y recios sonidos, se elevan para siempre
»desde nosotras, desde todas las ruinas, para los labios,
»como una melodía de *Memnón* al sol.
»Regimos los corazones de los hombres más poderosos,
regimos
»con despótico poder las mentes gigantes.
»No somos impotentes –nosotras, descoloridas piedras,
»no todo nuestro poder se ha ido, no toda nuestra gloria,
»no todo lo mágico de nuestro elevado renombre,
»no todo lo maravilloso que nos rodea–
»no todos los misterios que en nosotras yacen,
»no todas las memorias que se suspenden encima
»y se agarran alrededor de nosotras como un traje,
»vistiéndonos con un manto de gloria.»

Traducción de Arturo Sánchez

Soneto del silencio

Hay cualidades, algunas cosas reunidas,
que tienen una doble vida, que así está hecha,
que toma como tipo esta dualidad
de materia y luz, manifestada por solidez y sombra.
Hay un silencio de dos caras: mar y playa,
cuerpo y alma. Uno reside en lugares solitarios,
de nuevo cubiertos de hierba; gracias solemnes,
reminiscencias humanas y lacrimosas enseñanzas,
le vuelven menos terrorífico; su nombre es: «No más»;
él es el cuerpo del silencio: ¡no le temas!
Ningún poder maligno tiene en sí mismo;
pero si un urgente destino (inesperada suerte)
te lleva a encontrar su sombra (duende sin nombre,
que planea en regiones aisladas que nunca ha pisado
el pie del hombre), encomiéndate a Dios.

Traducción de Arturo Sánchez

A M. L. S.

De todos los que saludan tu presencia, como la mañana,
de todos para quienes tu ausencia es la noche,
oscurciendo totalmente desde el alto cielo
el sol sagrado; de todos quienes, llorando, te bendicen
a cada hora por esperanza –por vida– ah, sobre todo,
por la resurrección de la fe profundamente enterrada.
En la verdad, en la virtud, en la humanidad,
de todos los que en la cama no bendita de la desesperación
yaciendo para morir, se han levantado de repente
a tus palabras murmuradas dulcemente: ¡Que haya luz!
A las palabras dulcemente murmuradas que fueron

[corroboradas

por la seráfica mirada de tus ojos,
de todos los que te deben el máximo, cuya gratitud
casi parece adoración, ¡oh, recuerda
el más verdadero, el más ferviente devoto!
y piensa que estas débiles líneas están escritas por él.
Por él, que, mientras las escribe, se estremece pensando
que su espíritu está comulgando con el de un ángel.

Traducción de Arturo Sánchez

A...

No hace mucho tiempo, el autor de estas líneas,
en el loco orgullo de la intelectualidad,
mantenía «el poder de las palabras»: negaba que nunca
un pensamiento surgiera en el cerebro humano
más allá de la expresión de la lengua humana:
y ahora, como en burla por aquella jactancia,
dos palabras –dos suaves palabras extranjeras bisílabas–
con tono italiano, hechas sólo para ser murmuradas
por ángeles soñando al claro de luna, «rocío
que pende como collar de perlas en la colina de Hermon»,
han salido de los abismos de su corazón,
pensamientos impensados que son almas del pensamiento,
más ricos, mucho más libres, visiones mucho más divinas
incluso que el serafín del arpa, Israfel,
(que tiene «la voz más dulce de todas las criaturas de Dios»)
pudiera tener la esperanza de articular. ¡Y yo! mis hechizos
[se han roto.

La pluma cae sin fuerza de mi mano temblorosa,
con tu querido nombre como texto, aunque ordenado por ti,
no puedo escribir, no puedo hablar ni pensar,
ay, no puedo sentir; porque no hay sentimiento,
esta inmovilidad permanente sobre el dorado
umbral de la puerta completamente abierta de los sueños,
mirando, extasiada, sobre la espléndida vista,

y estremeciéndome al ver, a la derecha,
a la izquierda, y a todo lo largo del camino,
entre purpúreos vapores, a lo lejos,
hacia donde la vista termina, *a ti solamente*.

Traducción de Arturo Sánchez

Un enigma

«Raras veces encontramos –dice Salomón Don Duce–, la mitad de una idea en lo más profundo de un soneto. A través de todas las endebles cosas que vemos de una vez Tan fácilmente como a través de un sombrero de Nápoles, ¡basura de basura!, ¿cómo puede una señora ponérselo? Todavía más pesado que las cosas de Petrarca, Sin sentido como la pelusa de un búho que el más débil soplo, Gira dentro de papel de seda mientras se lee.»
Y, en verdad, Salomón acierta.
Las jarreteras de los generales son insignificantes
Burbujas efímeras y tan transparentes.
Pero esto es, ahora –puede confiar en ello–
Estable, opaco, inmortal: todo a fuerza
De los queridos nombres que yacen escondidos en su seno.

Traducción de Arturo Sánchez

Para Annie

¡Gracias al cielo! La crisis,
el peligro ha pasado,
y la angustia arrastrada
ya está lejos, al fin.
y la fiebre llamada «vida»
está finalmente vencida.

Tristemente, sé que
estoy desprovisto de mi fuerza,
y no muevo ni un músculo
cuando descanso tendido.
¡Pero no importa!, encuentro
que estoy mejor que nunca.

Y descanso tan tranquilamente
ahora en mi cama,
que cualquier espectador
podría imaginar que estoy muerto,
podría estremecerse mirándome,
creyéndome muerto.

El gemido y el lamento,
el suspiro y el sollozo,
están ahora sosegados,
con este horrible latir
del corazón: ¡ah, este horrible,
horrible latir!
La angustia –la náusea–

la despiadada pena,
han cesado con la fiebre
que enloquece mi cerebro.
Con la fiebre llamada «vida»
que quemaba en mi cerebro.

Y ¡oh!, de todas las torturas
esta tortura es la peor.
Ha mitigado la terrible
tortura de la sed.
Por el naftalino río
de pasión maldecida:
he bebido un agua
que apaga toda clase de sed.

Un agua que fluye.
con un sonido de nada
de un arroyo a pocos
pies bajo tierra;
de una cueva no muy lejana
debajo de la tierra.

Y ¡ah! que nunca
diga absurdamente
que mi habitación es melancólica
y estrecha mi cama;
ya que ningún hombre ha dormido
en una cama distinta.

Y, para dormir, basta dormitar
en una cama tal.

Mi atormentado espíritu
aquí descansa agradablemente,
olvidando, o nunca
añorando sus rosas,
sus viejas agitaciones
de mirtos y rosas.

He aquí que, mientras reposando
en su quietud, imagina
un perfume más sagrado
alrededor, como de violetas,
un olor de romero,
mezclado con violetas,
con las rudas y bellas
violetas puritanas.

y así reposa felizmente,
bañado en varios
sueños de la verdad
y la belleza de Annie.
Ahogado en un baño
de las trenzas de Annie.

Ella me besó tiernamente,
afectuosamente me acarició,
y entonces me incliné suavemente

para dormirme en su pecho:
dormir profundamente
en el cielo de su pecho.

Cuando la luz se apagó,
ella me cubrió cordial,
y oró a los ángeles
para liberarme del mal;
a la reina de los ángeles
para preservarme de todo mal.

Y descanso tan tranquilamente,
ahora, en mi cama,
(conociendo su amor)
que creéis que estoy muerto
y descanso tan satisfecho,
ahora, en mi cama,
(con su amor en mi pecho)
que creéis que estoy muerto,
que os estremecéis al mirarme,
creyéndome muerto.

Pero mi corazón brilla más
que todas las múltiples
estrellas del cielo,
ya que centellea con Annie,
se enciende con la luz
del amor de mi Annie,
con el pensar en la luz
de los ojos de mi Annie.

Traducción de Arturo Sánchez

Un sueño dentro de un sueño

¡Toma este beso en tu frente!
Y, en el momento de abandonarte,
te lo confieso con firme voz,
no te equivocas cuando dices
que mis días han sido un sueño;
y si la esperanza se ha desvanecido
en una noche o en un día,
en una visión o fuera de ella,
¿deja por ella de ser *pasado*?
Todo lo que somos o parecemos
no es más que un sueño en un sueño.

Yo permanezco en el ruido
de una ribera atormentada por las olas,
y tengo en la mano
granos de arena de oro.
¡Qué pocos y cómo se escurren
entre mis dedos al abismo,
mientras lloro, mientras lloro!
¡Oh, Dios!, ¿no puedo yo estrecharlos
más firmemente?
¡Oh Dios!, ¿no puedo salvar
ni uno, de la despiadada ola?
Todo lo que vemos o parecemos
no es más que un sueño dentro de un sueño?

Traducción de Arturo Sánchez

A...

Las enramadas donde, en sueño, yo veo
los más libres pájaros cantores,
son labios, y todas tus melodías
de palabras salidas de los labios.

Tus ojos, en el sagrado corazón del cielo
caen desoladamente,
¡oh Dios! En el funeral de mi mente
como la luz de una estrella en un paño mortuorio.

Tu corazón –¿tu corazón?– me despierto y suspiro,
y duerme soñando hasta el día
de la verdad que el oro nunca puede comprar,
de las bagatelas que puede.

Traducción de Arturo Sánchez

Al río

¡Hermoso río! En el resplandor, límpida corriente
de cristal, errante agua.

Tu arte un emblema del brillo,
de belleza, del abierto corazón
la juguetona sombra de arte
en la hija del viejo Alberto;

pero cuando dentro de la ola que ella mira,
que reluce entonces, y tiembla,
porque, entonces, el más bonito de los arroyos
parece su adorador;
ya que en su corazón, como en tu arroyo
la imagen de ella más profundamente yace,
el corazón de él que tiembla con el rayo de luz,
de los ojos de ella en busca del alma.

Traducción de Arturo Sánchez

Elisabet

Elisabet, seguramente es más conveniente lógico y de común uso requerir que en tu propio libro que primero sea escrito tu nombre, a pesar de Zeno y otros sabios; y tengo otras razones para hacerlo además de mi innato amor a la contradicción; cada persona poeta –*si* es poeta– persiguiendo, ha estudiado muy poco de su parte, no ha leído nada, escrito menos, en resumen, es un loco bendecido por ningún alma, sentimiento, ningún arte, ignorante de un importante papel, empleado incluso en las tesis del colegio. Llamado, he olvidado el pagano nombre de Grecia, Llamado nada, el significado es el mismo. “Siempre *escribimos primero* las cosas más importantes en [lo más profundo del corazón]”.

Traducción de Arturo Sánchez

Serenata

Tan dulce la hora, tan calmado el tiempo
encuentro más de la mitad de un error
cuando la naturaleza duerme y las estrellas están silenciosas,
para estropear el silencio incluso con un laúd.
En el descanso, en los reflejos brillantes del océano
una imagen del Elíseo yace:
siete Pléyades, fascinadas en el cielo,
forman en lo profundo otras siete;
Endimión saludando desde arriba
ve en el mar un segundo amor,
En los valles oscuros y tostados,
y en la corona de las espectrales montañas,
la cansada luz se extingue.
Y la tierra, las estrellas, el mar y el cielo
están recordando el sueño, tal como yo
estoy recordándote el sueño, tal como yo
estoy recordando a ti y a tu
fascinante amor, Adelina mía.
Pero escucha, oh escucha, tan dulce y baja
la voz de tu amor esta noche fluirá,
que, casi despierta, tu alma considerará
mis palabras como música de un sueño.
Así, mientras ni un solo sonido demasiado rudo
en tu sueño se entrometa,

nuestros pensamientos, nuestras almas, ¡oh Dios de las
[alturas!],
en cada acto se juntarán, amor.

Traducción de Arturo Sánchez

A Isadora

I

Debajo de los aleros revestidos de enredaderas,
cuyas sombras caen delante de
la humilde puerta de tu casa,
debajo de las temblorosas hojas de las lilas,
en la nevada mano apretadas
las purpúreas flores sostenía.
La noche pasada, en sueños, te vi erguida,
como una real ninfa del país encantado,
encantado por una varita floreada,
¡la más hermosa Isadora!

II

Y cuando mandé al sueño
sobre el espíritu huir,
tus ojos violeta hacia mí
vueltos, parecieron inundarse
con el profundo, innombrable deleite
de la serenidad del amor;
tu clásica frente, blanca como los lirios
y pálida como la noche imperial
sobre su trono, con estrellas adornado,
encadenaron mi alma a ti.

III

¡Ah, siempre contemplo
tus soñadores, apasionados ojos,
azules como los lánguidos cielos
suspendidos del dorado fleco de la puesta del sol;
ahora extrañamente clara tu imagen crece,
y viejos recuerdos
son despertados de su largo reposo
como sombras en las silenciosa nieve
cuando de repente el viento de la noche sopla
donde la quieta luz de la luna descansa.

IV

Como música oída en sueños,
como tonadas de arpas desconocidas,
de pájaros que para siempre volaron,
audible como la voz de las corrientes
que susurra en alguna frondosa cañada,
yo oigo tu gentil tono,
y el silencio viene con su hechizo
como aquel que en mi lengua habita,
cuando tembloroso en sueño confieso
¡mi amor por ti sola!

V

En cada valle escuché,
flotando de árbol en árbol,
menos bella para mí,
la música de un radiante pájaro,
de cándidos acentos como los tuyos
¡cuyos ecos nunca huyen!
¡Ah!, cómo suspiro por tu dulce voz:
Porque expresado en tus dulces tonos
(¡encantados!) este rudo nombre mío
¡parezca una melodía!

Traducción de Arturo Sánchez

Solo

Desde el tiempo de mi niñez, no he sido
como otros fueron, no he visto
como otros vieron, no pude llevar
mis pasiones desde una común primavera.
De la misma fuente no he tomado
mi pena; no se despertaría
mi corazón a la alegría con el mismo tono;
y todo lo que quise, lo quise solo.
Entonces –en mi niñez– en lo profundo
de una más tempestuosa vida, era dibujado
desde cada profundidad de lo bueno y lo malo
el misterio que todavía me ata:
desde el torrente a la fuente,
desde el sol que alrededor de mí giraba
en este verano teñido de oro,
desde el rayo junto a mí volando,
desde el trueno y la tormenta
y la nube que tomó la forma
(cuando el resto del cielo era azul)
de un demonio a mi vista.

Traducción de Arturo Sánchez

Índice

Presentación	VII
Sobre la presente edición	IX
Método de composición	XI
El cuervo	1
Las campanas	7
Ulalume	14
A Elena	18
Annabel Lee	22
A mi madre	24
El Dorado	25
Eulalia	27
La ciudad en el mar	28
Leonora	31
El palacio encantado	34
El gusano triunfador	37
País de ensueños	39
A Zante	41
A la ciencia	42
Estancias a Elena	43
Los espíritus de la muerte	44
El día más feliz	46
El lago	48
La durmiente	49
Himno	52
País de hadas	53
El Coliseo	55
Soneto del silencio	57

A M. L. S.	58
A...	59
Un enigma	61
Para Annie	62
Un sueño dentro de un sueño	67
A...	68
Al río	69
Elisabet	70
Serenata	71
A Isadora	73
Solo	76

Edición digital
Octubre, 2017
Caracas - Venezuela



La contribución más importante de Edgar Allan Poe a la historia de la literatura, la constituyen los relatos breves, publicados progresivamente en varias de las revistas donde trabajó. No obstante, entre su producción literaria destacan más de una treintena de poemas de una extraordinaria musicalidad, como "Las campanas" y "Annabel Lee", los cuales, debido a su complejidad estructural, hicieron casi imposible su traducción a otros idiomas. El más popular de todos sus poemas es "El cuervo", un canto narrativo de corte romántico en el que se cuenta la llegada de una de estas aves a la estancia de un hombre solitario, en una noche de tormenta. Su obra poética refleja la influencia de poetas ingleses como Milton, Keats, Shelley y Coleridge, y su interés romántico por lo oculto y lo aterrador, al estilo del español Gustavo Adolfo Bécquer. Edgar Allan Poe (EE.UU. 1809-1849). Narrador, poeta y crítico. Sus padres murieron siendo pequeño y fue criado por John Allan, un hombre adinerado de Richmond (Virginia). Comenzó su escuela en Inglaterra, luego regresó con sus padres adoptivos a EE.UU. donde continuó sus estudios. Durante un año asistió a la Universidad de Charlottesville, siendo expulsado debido a los excesos que cometía y por deudas contraídas en el juego. En 1827, se alistó en el Ejército, del que fue expulsado cuatro años más tarde por indisciplina. En 1832, su cuento "Manuscrito encontrado en una botella" fue premiado en un concurso patrocinado por el Baltimore Saturday Visitor. En 1836, se casó con su joven prima y durante la década siguiente, gran parte de la cual fue desgraciada a causa de la larga enfermedad de su esposa, trabajó como redactor para varias revistas en Filadelfia y Nueva York.



9 789801 439363

